



Toma de posesión como obispo de Salamanca

Nos acercamos al texto evangélico hoy proclamado explicitando como su trasfondo algunas palabras de Jesús referidas a Juan Bautista: “Vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: Está endemoniado. Viene el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores” (Mt 11, 18-19)

El claro contraste entre las formas de actuar de Juan y de Jesús provoca extrañeza de los discípulos de Juan. Un día en que ellos y los fariseos hacían ayuno voluntario, no prescrito por la ley, vienen a preguntar a Jesús: “*Los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan. ¿Por qué los tuyos no?*”. La respuesta de Jesús a esta pregunta va a situar a sus interlocutores en un horizonte nuevo y distinto de aquel en que han surgido sus dudas.

Jesús podría haberles respondido que él y sus discípulos cumplen fielmente las prescripciones de la ley sobre el ayuno y que él mismo practica el ayuno voluntario. Buena constancia nos ha quedado de ello en los relatos evangélicos sobre el ayuno de Jesús en el desierto durante cuarenta días y cuarenta noches (Mt 4, 1-2; Mc 1, 13; Lc 4,2). Pero Jesús ayuna en espíritu y en verdad y, en consecuencia, nos ha indicado: “*Tú, cuando ayunes, perfúmame la cabeza y lávate la cara, de modo que nadie note tu ayuno, excepto tu Padre, que está en lo escondido*” (Mt 6, 17).

A la nueva forma y al nuevo tiempo de ayunar se va a referir la respuesta de Jesús, que, en forma simbólica, con la ayuda de comparaciones tomadas de la experiencia diaria, va a proclamar la absoluta y radical novedad del reino de Dios, cuya llegada anuncia Jesús y del cual se participa mediante la conversión y la fe en el Evangelio (Mt 4,17; Mc 1,15). A partir de una cuestión de moral práctica, Jesús nos va a conducir a una confesión de fe.

La primera comparación incluida en la respuesta de Jesús es la del banquete de bodas. ¿Es que pueden ayunar los amigos del novio, mientras el novio está con ellos? Hay en estas palabras una alusión a la costumbre de dispensar de ciertos deberes religiosos a los invitados de una boda, durante los siete días de festejos nupciales, a fin de que la alegría no fuera interrumpida. En este contexto, el significado de las palabras de Jesús es obvio. Los discípulos están en situación de fiesta y de gozo porque ha llegado el reino. La boda es símbolo del tiempo de la salvación. Según el lenguaje simbólico del Apocalipsis, las bodas del Cordero han llegado, resuenan los cánticos nupciales y no hay lugar para la tristeza (cf. Ap 19,7.9; 21,2.9; 22,17). Y el esposo, que ahora está celebrando sus bodas, es el mismo Jesús. Él dirige su palabra de amor a Israel, para sellar con el pueblo sacado de Egipto una alianza sponsal nueva, definitiva e indisoluble. Así hará realidad la profecía de Oseas, recordada en la primera lectura de esta celebración: “Me casaré



contigo en matrimonio perpetuo, me casaré contigo en derecho y justicia, en misericordia y compasión, me casaré contigo en fidelidad y te penetrarás del Señor”.

En una conocida parábola, Jesús se presenta a sí mismo como el hijo del rey, a cuyo banquete de bodas con invitadas numerosas personas. Unas de éstas rehusan la invitación, con la excusa de tener que ocuparse de otros asuntos, y otras llegan incluso a maltratar hasta la muerte a quienes les transmiten la invitación. Pero el rey hará llenar la sala del banquete de bodas de su hijo con pobres, lisiados, ciegos y cojos, y con cuantos, buenos y malos, fueron encontrados en los caminos y veredas. La única condición exigida a todos es que se vistan con el traje de boda (cf Mt 22,1-14; Lc 14,15-24).

Aquel era el tiempo en que Jesús tenía que comer con publicanos y pecadores porque, como él mismo dirá: *“No necesitan médico los sanos sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a justos, sino a pecadores”* (Mc 2, 17), para que se conviertan y sean revestidos con el traje de bodas. Tal es la voluntad de Padre misericordioso respecto del hijo que vuelve a casa: *“Traed, enseguida, el mejor vestido y ponédselo; ponedle también un anillo en la mano y sandalias en los pies”* (Lc 15, 22).

La segunda comparación utilizada por Jesús explicita más la total novedad de la vestidura que nos convierte en comensales del banquete de bodas del Hijo de Dios: *“Nadie le hecha un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto, lo nuevo de lo viejo, y deja un roto peor”*.

Ahora el esposo ha sido llevado, pero nos ha trasladado con Él a su propia vida en Dios. He aquí, a este propósito, el testimonio de San Pablo: *“Efectivamente, todos vosotros sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo habéis sido revestidos”* (Gal 3, 26-27). Ahora es para nosotros el tiempo de ayunar como Jesús en espíritu y en verdad, con vestidura nueva y con perfume de santidad.

También el vino nuevo es símbolo del tiempo de la salvación y es un elemento propio del banquete de bodas del Hijo de Dios. Por ello, Jesús comenzó alegrando con vino nuevo a los comensales de la boda de Caná y por fin convirtió el vino en contenido esencial de su propio banquete pascual. Jesús bebió la copa de bendición de la Cena Pascual haciendo una referencia explícita a la futura consumación de su Pascua en la plenitud del Reino de Dios (Mt 26, 29); Mc 14, 25; Lc 22, 16.18); pero la radical novedad estuvo en que dio a beber a sus discípulos el vino nuevo como su propia sangre, de la nueva alianza, derramada por ellos y por todos los hombres para el perdón de los pecados (Mt 26, 28; Mc 14, 24; Lc 22, 20).

Este vino nuevo, que es la sangre de Cristo, no puede echarse en odres viejos; reclama odres nuevos y es fruto de la nueva vid, que es Cristo mismo. Estas son sus palabras: *“Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece unido a mí..., produce mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada”* (Jn 15, 5).



Aceptar en nuestra vida la novedad del reino de Dios, hecha expresión normativa en Jesucristo, es no conformarse con dar sentido a nuestro vivir a base de remiendos ideológicos o meramente éticos, que podríamos a nuestro arbitrio sustituir por otros cosidos, más de moda en cada momento. Asumir el riesgo de la total novedad, para ser vino nuevo en odres nuevos, es confesar en la fe, y más allá de las apariencias, que Cristo es la forma exterior y el contenido más íntimo de nuestra vida; es decir, que yo puedo traslucir la imagen de Cristo al exterior, a través de mis juicios, palabras y actuaciones, porque, en expresión de S. Pablo: *“es Cristo quien vive en mí”* (Gal 2,20). De ahí se sigue que el seguimiento, al que estamos llamados los discípulos, es más el fruto de la pervivencia del resucitado en nosotros que de nuestro exclusivo compromiso moral.

Nuestra libertad de hijos de Dios es la que procede del Espíritu Santo, regalado en la Pascua para la remisión de los pecados y la santificación, así como para cumplir la misión de ser testigos del Evangelio. Nuestra libertad tiene como modelo la de Jesús, que tuvo como alimento hacer la voluntad del Padre (cf Jn 4, 34) y pasó por la vida haciendo el bien, porque el Espíritu de Dios estaba en Él (Hch 10, 38).

Nuestro amor es del Jesús, cuyo testamento os resumo en estas palabras: *“Amaos los unos a los otros como yo os he amado y he dado la vida por vosotros; sois los amigos a quienes he elegido y he enseñado a conocer al Padre. Como el Padre me ama, así os amo yo a vosotros; permaneced en mi amor y obedeced mis mandamientos. Así participaréis en mi gozo y vuestro gozo será completo. Para dar este fruto duradero os he destinado, y, para que se haga siempre realidad, el Padre os dará todo lo que pidáis en mi nombre”* (cf Jn 15, 9-16).

Nuestra verdad es la de Jesús. Y me refiero ahora no a lo que estimamos verdadero ni a lo que hacemos con verdad, sino a la verdad que somos, es decir, al profundo secreto que nos habita y al misterio o sacramento que es nuestra forma de estar y actuar en el mundo. “En realidad –como enseña el Concilio Vaticano II– el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo... manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (GS 22).

En Jesucristo mismo está presente la radical novedad del Reino de Dios para el hombre, porque él es Dios y Hombre en la unidad indisoluble de una única persona. Y en Jesucristo nos es regalada por Dios la plenitud del hombre: “Porque –en expresión de San Pablo– *es en Cristo hecho hombre en quien habita la plenitud de la divinidad, y en él, que es Cabeza de todo..., habéis alcanzado vosotros la plenitud”* (Col 2, 9.10).

La búsqueda de nuestra plenitud nos urge a volver siempre de nuevo nuestra mirada contemplativa al evangelio, que nos revela el misterio divino y humano de Jesús. Este evangelio del Reino de Dios tiene como contenido central a Dios Padre y a su Hijo Jesús, pero también al hombre, llamado a participar de la misma relación de Jesús con el Padre.



Para ser apóstol de este evangelio de Jesucristo he sido enviado a vosotros por la Iglesia, representada por el sucesor de Pedro. Y sobre la forma de ejercer este ministerio nos ha ofrecido luminosas orientaciones el texto de la segunda carta de San Pablo a los Corintios (3, 1-6), leído en esta celebración. La primera parte del texto tiene una referencia directa a la posición de Pablo en la Iglesia en Corinto, en cuanto él fue el primero en anunciarles el Evangelio de Cristo (cf 2 Cor 10,14). Por ello puede decirles que no necesitan presentarles ni pedirles carta alguna de recomendación. Y ello le da pie para hacer una afirmación fundamental que, más allá de la referencia directamente personal, contiene una enseñanza de valor universal y aplicable a la acción apostólica de todo Obispo en su Diócesis: *“Vosotros sois nuestra carta, ... sois una carta de Cristo, redactada por nuestro ministerio, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón”*.

La referencia a las tablas de piedra y las tablas de carne del corazón es más explicitada por San Pablo en la segunda parte del texto, al presentar el ministerio apostólico como una capacitación por Dios: *“Para ser ministros de una alianza nueva: no de código escrito, sino de espíritu; porque la ley escrita mata, el Espíritu da vida”*. En el trasfondo de este texto está la convicción de que la entrega del Espíritu Santo a los discípulos, como regalo pascual de Jesucristo a su Iglesia, es el cumplimiento de la profecía de Ezequiel sobre la nueva alianza: *“Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis mandamientos...; vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios”* (Ez 36, 26-28).

Este Espíritu, que renueva la faz de la tierra, hace a los hombres hijos de Dios. *“Y la prueba de que sois mis hijos- escribe S. Pablo- es que Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: Abba, es decir, Padre. De suerte que ya no eres siervo, sino hijo, y, como hijo, también heredero por gracia de Dios”* (Gal 4,6-7). Si el Espíritu de Cristo reposa sobre vosotros, enseña el Apóstol Pedro, sois hechos: *“partícipes de la naturaleza divina”* (2 Pe 1,4) y: *“Sois linaje escogido, sacerdocio regio y nación santa, pueblo adquirido en posesión para anunciar las grandezas del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”* (1 Pe 2,9).

Con estas afirmaciones de los Apóstoles Pablo y Pedro podría considerarse insinuado el contenido central de la “carta de Cristo” que somos. Y ahora que surge espontánea la pregunta: ¿Cómo podrá el apóstol, en el ejercicio de su ministerio, redactar esta carta de Cristo, escrita en el corazón de los fieles con el Espíritu de Dios vivo? S. Pablo ha dejado claro: *“No es que estemos por nosotros mismos capacitados para apuntarnos algo como realización nuestra; nuestra capacidad nos viene de Dios”*. Esta capacidad se manifiesta en primer lugar en el anuncio del Evangelio, que Pablo exhorta a acoger: *“No como palabra de hombre, sino como lo que es en realidad, como palabra de Dios, que sigue operando en vosotros los creyentes”* (1 Tes 2, 13). De acuerdo con esta convicción, realiza S. Pablo una importante afirmación, que yo quisiera hacer mía como programa de anuncio del evangelio entre vosotros: *“Pues nunca entre vosotros me he preciado de conocer cosa alguna sino a Jesucristo, y éste crucificado. Me presenté ante*



vosotros débil, asustado y temblando de miedo. Mi palabra y mi predicación no consistieron en sabios y persuasivos discursos; fue más bien una demostración del poder del Espíritu, para que vuestra fe se fundara, no en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios” (1 Cor 2, 2-5). De esta forma el Evangelio mostrará su poder como palabra de Dios y seguirá haciéndose actual la asistencia prometida por el Señor a sus enviados, tal como lo testimonia el final del Evangelio de Marcos: “Ellos salieron a predicar por todas partes y el Señor cooperaba con ellos confirmando la palabra con las señales que los acompañaban”(Mc 16, 20).

Mi misión episcopal no consistirá en seguir escribiendo con vosotros una página más de la gloriosa historia universitaria, científica y cultural de la Ciudad de Salamanca, sino en seguir acompañando como ministro del evangelio de Jesucristo el caminar conjunto de toda la Iglesia diocesana, de la Ciudad y de sus numerosos y pequeños pueblos; de las comunidades universitarias y de los restantes sectores sociales de nuestra ciudad, así como del amplio mundo rural de nuestro territorio diocesano.

Y en este acompañamiento evangelizador gozarán de mi predilección quiénes más lo necesiten: los más pobres en cualificación profesional y en ingresos por su igualmente digno trabajo; quienes ni siquiera puedan trabajar o por diversos motivos no se hallan integrados adecuadamente en la vida social, incluidos los reclusos de Topas; las familias con dificultades, los ancianos y los enfermos. Y tampoco quiero olvidar otra clase de necesidad, cual es la pobreza cultural y espiritual. En todos los sectores sociales y de todas las edades es fácil encontrar hoy personas que no se reconocen interiormente habitadas por el Espíritu de Dios o que no han identificado con suficiente lucidez qué alma, espíritu o verdad las habita y da razón de ser y de vivir, con el peligro de creer que su único tesoro a cuidar es la vasija de barro de su cuerpo.

Con la colaboración de los presbíteros, religiosos, y de todos los fieles, será mi tarea continuar la fructífera misión llevada a cabo por mis más inmediatos predecesores, nuestros queridos hermanos D. Mauro (+) y D. Braulio, y seguir presentando a todos el rostro de Cristo para que en él reconozcan los rasgos fundamentales del suyo propio.

Así se irá transformando esta historia humana de Salamanca, con sus luces y sombras, en una carta de Cristo, es decir, en una historia de salvación que continúe y actualice la ya larga historia cristiana de la Diócesis de Salamanca. Aceptar y procurar que nuestra historia sea una carta de Cristo, escrita con el Espíritu Santo, lleva consigo creer y poner los medios para que el Espíritu de Cristo sea la luz que inspire y el impulso que aliente día a día toda la vida y la actividad apostólica de nuestra Iglesia diocesana; y ello implica, a la vez, que sea el espíritu de Cristo quien dé forma y configuración visible al contenido de la carta de Cristo, que es nuestra existencia cristiana. Es decir, volviendo a la formulación anteriormente empleada al hablar del vino nuevo en odres nuevos, se trata de asumir gozosamente que Cristo sea la forma exterior y el contenido más íntimo de nuestra vida.



Carlos López Hernández

Esto significa aceptar que Cristo es nuestro único programa permanente, que la búsqueda de la santidad es nuestra meta y que la gracia es el medio al que hemos de dar siempre primacía. La ley escrita, aunque sea la letra de la ley del amor, por sí sola mata. Y cualquier plan pastoral perfecto es letra muerta y puede llevar al fracaso y provocar un humillante sentido de frustración si no damos prioridad a la oración y a los sacramentos, que nos regalan la gracia de Cristo (NMI 38). Sólo la gracia del Espíritu, que constituye el contenido principal de la nueva ley evangélica (Santo Tomás, STh 1-II 106, 1), nos hace posible vivir en el amor y en la libertad de los hijos de Dios.

Para ser una auténtica carta de Cristo necesitamos encontrar siempre de nuevo el Evangelio verdadero en la Tradición viva de la Iglesia. En este encuentro con el Evangelio corresponde al Obispo garantizar la comunión con el Colegio Apostólico y con el Obispo de Roma, como su cabeza, pero también discernir los carismas de los fieles sin apagar el Espíritu y favoreciendo todo lo bueno que el mismo Espíritu hace fructificar (1 Tes 5, 19- 21). Sólo de esta manera el Obispo integra el sentir espiritual de los fieles con la enseñanza de los sucesores de los Apóstoles y hace posible que el Espíritu Santo inspire el sentido sobrenatural de la fe de todos los fieles con la garantía incluso de la infalibilidad (cf LG 12).

Poner mi ministerio episcopal a vuestro servicio, para que seáis una carta de Cristo, me exige fe profunda para comprender que la vida de todo fiel cristiano, como toda la Iglesia, es un misterio y sacramento de Cristo, igualmente, la humildad y cercanía necesarias para saber escuchar con amor y atención; e igualmente la sabiduría del espíritu para discernir sus frutos, y la fortaleza para dar a la verdadera libertad del espíritu su necesario ámbito de ejercicio. En efecto, donde está el Espíritu del Señor hay libertad (2 Cor 3, 17), pero no para realizar las obras de la carne, sino para hacernos esclavos unos de otros por amor. Todas estas actitudes pastorales del Obispo no son sólo expresión necesaria de su caridad pastoral, sino exigencia previa de su misión como principio y fundamento visible de la unidad (LG 23) en la fe y como garantía de la comunión eclesial.

Para que mi ministerio episcopal sea un servicio fructífero en el Espíritu para nuestra Iglesia diocesana, necesito contar con vuestra colaboración, que irá desde la apertura del corazón a la acción del Espíritu hasta la participación en los trabajos por el Evangelio para la salvación del mundo. La misión evangelizadora es única y en ella estamos todos llamados a asumir la participación que como Obispo, presbíteros, consagrados a la práctica de los consejos evangélicos, o como fieles laicos nos corresponde. Y porque mi misión es más difícil, os ruego que ayudéis con vuestro testimonio, consejo y oración, y hasta con vuestra corrección fraterna en la verdad, con amor y misericordia, para que la fuerza de Dios se manifieste incluso en mi debilidad.

Como Iglesia diocesana somos una carta de Cristo llamada a ser conocida y leída por todos los hombres; somos misterio de comunión en Cristo para la misión. “La tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia; una



Carlos López Hernández

tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes.

Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda” (Evangelii Nuntiandi, 14). En fidelidad a esta misión, y respondiendo a estas claves fundamentales de la comunión y la evangelización, nuestra Iglesia diocesana celebró desde 1985 a 1989 un Sínodo Diocesano, cuyas decisiones va llevando fielmente a la práctica a través de los sucesivos planes de pastoral. Con ellos pretende dar respuestas concretas a nuestra actual situación, caracterizada por la ruptura entre el evangelio y la cultura.

Afrontamos, en efecto, nuestra futura tarea evangelizadora en medio de las dificultades que provienen de un ambiente cultural que se aleja de la fe cristiana y se orienta hacia un humanismo inmanentista de raíz agnóstica, socialmente tolerante con el cristianismo y proclive a una valoración positiva de su acción social y cultural, pero internamente cerrado en principio a lo religioso.

Al bloquear el acceso a Dios, esta cultura agnóstica impide o dificulta el acceso al hombre mismo, le priva de su verdad más profunda y le deja desorientado en el relativismo ético y a merced de la influencia manipuladora de la propaganda. Con esta cultura, con frecuencia más práctica que teórica, tenemos la tarea de mantener un diálogo evangelizador permanente, para ofrecerle con confianza y sin complejos el camino de Jesucristo como vía para el encuentro del hombre consigo mismo, en la plenitud de su dignidad y libertad. En medio de esta cultura social secular, atravesada por crecientes incoherencias y desequilibrios de diverso género y por profundas injusticias, tenemos la misión de acreditar y hacer creíble el modelo del hombre nuevo, a semejanza de Jesucristo, vivo y operante en la Iglesia. Y hemos de hacerlo con la única fuerza de la verdad del Evangelio, creído y vivido con autenticidad, y apostando por la caridad como principal forma de testimonio evangelizador, por la cual todos reconocerán que somos discípulos de Cristo. *“Nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento que ‘con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre’ (GS 22)”* (NMI 49).

Tenemos que aprender a vivir y testimoniar nuestra fe en una sociedad plural, con profunda aceptación de la libertad religiosa, pero sin sucumbir a la tentación permanente y grave de secularizar interiormente la Iglesia por la acomodación a los modelos de la cultura dominante, a la que sirven de altavoz permanente los Medios de Comunicación.

Hoy como en tiempos de Pablo, nuestra capacidad para llevar a cabo esta ingente tarea nos viene de Dios; nada podremos apuntarnos como realización nuestra. *“Esta confianza que tenemos en Dios nos viene de Cristo, la tenemos por Cristo”* (2 Cor 3,4), que nos envió a anunciar el Evangelio y nos prometió: *“Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28,20).



Carlos López Hernández

Encomiendo la futura misión evangelizadora, mía y vuestra, en esta Iglesia de Cristo en Salamanca la protección de la Santísima Virgen de la Vega y a nuestros Santos Patronos diocesanos San Juan de Sahagún y Santa Teresa de Jesús. Y renovados en santidad, como odres nuevos, dispongámonos a recibir en esta Eucaristía el vino nuevo de la Sangre de Cristo, para que, permaneciendo en Él, demos fruto abundante.

QUE ASÍ SEA.

Carlos López, Obispo de Salamanca

Catedral Nueva, 2 de marzo de 2003